

IMPRECISIONES. EL ARTE DE DESCUBRIR EL MUNDO

Francisco Ramírez Viu

ANROART EDICIONES, 2006

132 PÁGINAS

ISBN-13: 978-84-96577-50-3

(PRIMER CAPÍTULO)

Lo más hermoso y lo más trágico

A mí me hubiese gustado mucho encontrarme ahí, donde estás tú ahora, a la vera de un viejo muelle en el que se depositan estas ideas aún vivas y en movimiento: ideas o consideraciones que proceden de algún océano en el que fluyen y se mecen en enormes bancos, a veces en la superficie, otras rozando los fondos abisales; en un manantial inagotable que sostiene a las palabras y les da la vida.

Desde la infancia el hecho de escribir me parecía algo fascinante y entonces completamente desconocido. Poco a poco fui descubriendo un universo en el que entraba sin darme mucha cuenta, que me hacía temblar –sobre todo por las noches– y sufrir las contradicciones que comenzaban a crecer por todas partes como la mala hierba. Ahora también, por supuesto, de una forma más sosegada, aunque no menos decisiva. Y creo que ésta es una buena oportunidad para compartir este desconcierto, para reflexionar sobre él y dejarnos llevar después de manera más consciente y esclarecedora; para entender mejor el hecho de escribir y, en consecuencia, para entendernos mejor a nosotros mismos.

A la literatura se puede llegar desde cualquier sitio –yo mismo he deambulado por lugares aparentemente diversos antes de recalar en este “universo de la palabra”– y supongo que lo mismo ocurre en cualquier otra expresión creativa. No es tan sencillo definir en qué consiste eso de ser un artista. Fijaos, si no, en esta aproximación muy general que aparece en el

prólogo de un estudio científico: “Cualquier persona que considere que su creación artística es una parte esencial de su vida, quien contribuya de este modo al desarrollo del arte y la cultura y quien sea o pretenda ser reconocido como un artista, esté o no vinculado por algún tipo de relación de empleo o asociación”ⁱ.

Como veis, más que de una definición podría hablarse de una excusa para no adentrarse en la materia, algo habitual en este tipo de estudios y que pone de relieve la dificultad de profundizar en el hecho creativo. Desde la perspectiva en la que nos encontramos ahora nos interesa mucho más esta otra explicación escrita por una mujer hace ya algunos años: “artista es aquel que puede descender hasta tal profundidad de sí mismo donde encuentra unas visiones que al par son acciones; el arte verdadero disipa la contradicción entre acción y contemplación, pues es una contemplación activa o una actividad contemplativa, una contemplación que engendra una obra, de la que se desprende un producto. Por eso anula a la par la diferencia entre lo real y lo imaginario, entre lo natural y lo fingido”ⁱⁱ.

A diferencia de la primera, ésta no es una aproximación externa que tan sólo roza la cuestión, sino una confesión vivida y certera. Por eso nos vendrá bien –si queremos extraer todo su jugo– entrar y salir varias veces de las bodegas y hasta del subsuelo sobre el que se asienta. En ella se nombran algunos aspectos claves que procuraremos desarrollar a lo largo de este pequeño libro: vocación, descubrimiento, viaje interior, profundidad, contemplación, acción, etc. Todos ellos son matices que definen un estilo de vida, una peculiar manera de mirar y de asumir la realidad.

Es posible que alguno de vosotros o de vosotras también se considere una persona especial, que no ve la realidad de un modo convencional, alguien que proviene de una tierra infinita en la que no recuerda muchos vecinos alrededor. Y quizás eso os ayude a situaros. Distancia y profundidad son, desde luego, dos conceptos inherentes a la personalidad artística (aunque no exclusivos de ella, por supuesto). Ambas implican una cierta soledad y una cierta dilatación del tiempo.

Hablábamos al comienzo de las contradicciones que crecen como la mala hierba y lo mismo podríamos decir del arte. La comparación puede parecer sorprendente a primera vista, pero –como explica Soledad Puértolas en

una de sus novelas– “si lo consideras despacio, verás qué acertada resulta. La mala yerba nace sola, de manera imprevista, y pronto sobrepuja a la yerba que ha sido cultivada con técnica y con paciencia, con cuidados y esfuerzos. Y esta mala yerba que surge tanto en medio del yermo como del terreno cultivado es el símbolo más potente y asombroso de la vida; y allí donde vemos que hay mala yerba sabemos que alguien ha vencido a la muerte”ⁱⁱⁱ. Y no es una exageración lo de la muerte, es sólo una metáfora que el tiempo se encarga de valorar.

Como os decía, a la literatura –y por extensión al arte– se puede llegar desde lugares muy diversos, tal y como demuestra nuestra propia presencia aquí, en medio de esta página. Por supuesto que existen muchos detalles que nos unen, pequeñas coincidencias que brillarían con un fulgor especial si las alumbrásemos con la lámpara de la literatura, grandes y leves milagros que nos hacen tan cercanos. Pero no es eso lo que nos interesa observar ahora. Nos interesa recalcar que verdaderamente no importa el lugar del que provenimos, porque ser escritor no es un oficio, ni un trabajo –ni siquiera el mejor de todos los posibles–, sino fundamentalmente un modo de vivir o de estar en la vida.

Hace ya bastantes años, entre 1903 y 1906, Rilke –un poeta que influyó decisivamente en el pensamiento del siglo XX, incluso en filósofos como Heidegger– contestaba a otro joven poeta que comenzaba a escribir y que se sentía desconcertado e intranquilo. Le decía que también el arte es “sólo un modo de vivir y que uno viviendo de cualquier manera se puede preparar para él. En todo lo real se está más cerca y más vecino de él que en esos irreales oficios semiartísticos que, reflejando una proximidad al arte, niegan en la práctica la existencia de todo arte y lo atacan, como hace todo el periodismo, y casi toda la crítica, y tres cuartas partes de eso que se llama y quiere llamarse literatura”^{iv}.

Salvando las distancias y escuchando atentamente sus palabras, debo confesar que cada vez estoy más de acuerdo con él, que me parece sincero y coherente. Y en un mundo tan materialista como el nuestro, tan cerrado a la espiritualidad y a todo lo que no signifique un beneficio a corto plazo, la opinión de Rilke se hace más evidente. No es tan fácil apreciar con justeza la verdadera obra de arte, porque además de exigir un conocimiento y una delicadeza del gusto, también se requiere una cierta reflexión filosófica y la

facultad de percibir lo bello en sí^v. ¿No os parece sospechoso que tengamos tantos artistas oficiales por todas partes, hasta en la sopa? Resultaría gracioso si no fuera también tan desagradable. De todas formas, ya volveremos a considerar esta cuestión en otro capítulo.

Como os digo, esto no es un oficio, aunque se puede convertir en algo parecido –incluso rutinario– dependiendo del rumbo que cada uno decida tomar. Lo que sí está claro es que si bien el sitio desde el que se llega es muy diverso, el lugar de encuentro resulta muy parecido: una extraña pasión a la que nadie ha puesto un nombre definitivo; ese nombre entre los nombres, la inspiración, la emoción del vivir creativo, un buceo interior, un milagro, el mundo de la luz y las visiones, un cierto grado de locura y de belleza, la construcción de la propia realidad, su reconstrucción... Un sinfín de cosas que conforman la literatura. Seguramente no existe ningún otro rincón en el mundo en el que todo esté tan relacionado con todo como la cabeza de un creador.

Qué significa “ser escritor” no tiene una respuesta definida, así como tampoco la tiene saber con exactitud si mis páginas o mis versos son buenos, si valen la pena o no. Podemos descubrir algunos aspectos más o menos objetivos, pero siempre teniendo en cuenta que no es posible acercarnos a ellos con la “mirada” de un científico. La literatura no se disecciona, no se accede a ella a través de un método positivista, porque es un todo que forma parte de una vocación, de una forma de estar y de sentirse en el mundo. Por eso ya veréis cómo todos los detalles que vayamos tratando guardan una estrecha relación entre sí; lo de dividirlo es simplemente para intentar establecer una guía didáctica. Aquí trataremos de conocer mejor ese lugar común que expresa con claridad un pintor muy conocido en un librito algo menos famoso. Aquí estoy entre “mis coles, mis rábanos, mis zanahorias, mis lombardas, mis guisantes, mis alondras; yo os escribo aquí a mil leguas de todo signo perceptible y de todo equívoco”^{vi}.

Continuaba contestando Rilke a ese joven poeta abrumado por las dudas: “pregunta usted si sus versos son buenos. Me lo pregunta a mí, antes ha preguntado a otros. Los envía usted a revistas, los compara con otros poemas y se intranquiliza cuando ciertas redacciones rechazan sus intentos. Ahora bien (puesto que usted me ha permitido aconsejarle), le ruego que abandone todo eso... Nadie puede aconsejarle ni ayudarle, nadie. Hay sólo un único medio.

Entre en usted. Examine ese fundamento que usted llama escribir; ponga a prueba si extiende sus raíces hasta el lugar más profundo de su corazón; reconozca si se moriría usted si se le privara de escribir. Esto, sobre todo: pregúntese en la hora más silenciosa de su noche: ¿debo escribir? Excave en sí mismo en busca de una respuesta profunda. Y si ésta hubiera de ser de asentimiento, si hubiera usted de enfrentarse a esta grave pregunta con un enérgico y sencillo debo, entonces construya su vida según esa realidad”.

No es necesario que sepáis la respuesta ahora mismo. De hecho, es normal y conveniente que al principio se tengan serias dudas acerca de esta manera de situarse ante el mundo y dentro de él. Lo que yo os aconsejo ahora, a la vuelta de pocos pero intensos años, es algo parecido a lo que me dijo a mí un amigo: “tranquilidad, date un tiempo”. Así es, porque la evolución de cada uno es demasiado personal como para ofrecer recetas mágicas, ni para fijarse en los demás buscando la comparación, ni mucho menos para tratar de acelerarla, como si tuviésemos que escribir nuestra obra maestra antes de los veinticinco. Es probable que muchos de vosotros jamás escribáis ninguna obra maestra, y si alguno llega a hacerlo, es posible que no sea a los veinticinco sino a los sesenta. Además, “esto” no se acelera de ninguna forma y hay que dejar tiempo para que logre desarrollarse la transformación que exige la madurez creativa.

Leí hace algunos años algo que me pareció muy interesante y que ahora ratifico desde la perspectiva que ofrece el tiempo: “se calcula un tiempo mínimo de diez años de formación, estudio y prácticas para alcanzar un nivel creativo en las ciencias o las artes. La peculiaridad del genio comprende una amplia gama de rasgos distribuidos entre la motivación, el esfuerzo de entrega, el tesón, el alto nivel intelectual, el pensamiento profundo y mixto y una organización o desorganización de la personalidad adecuada para la fermentación de la creatividad genial”^{vii}. Aquí la palabra genio equivale a tener un talento especial, que es de lo que en definitiva estamos hablando. La creación no es, por tanto, nuestra facilidad para llenar de versos las servilletas de papel, sino una capacidad que se irá enriqueciendo y mostrando con el paso de los años.

Como os decía, un amigo me aconsejo que me “diese un tiempo” para tomar ciertas decisiones. Y yo que era muy impaciente pensé en un año.

Simplemente no era capaz de pensar en otro intervalo más largo. Quería publicar, necesitaba saber si lo que escribía era válido o no, tenía prisa para que alguien me diese una respuesta. Le dije que me daba de plazo a mí mismo un año y él sonrió con cierta sorna –me acuerdo perfectamente–, abrió el cajón de la mesa de su despacho y sacó un buen taco de folios impresos por las dos caras. Era una novela de doscientas o trescientas páginas, su novela, que llevaba más de cinco años esperando una oportunidad. Él era periodista de un conocido medio nacional –ahora es el redactor jefe– y por entonces yo empezaba a colaborar con él. Aunque duré muy poco tiempo allí, hemos mantenido nuestra amistad y he tenido la oportunidad de agradecerle aquel consejo que me sirvió cuando pude meditarlo con un poco más de calma.

Voy a terminar por ahora, porque no se trata de dar una conferencia sino de ofrecer pinceladas para que podamos ir descubriendo la luz que yace bajo las palabras. Estamos aquí y eso ya es significativo. Iréis encontrando vuestro sitio poco a poco, de manera natural, escribiendo y trabajando en vosotros mismos; sin prisa, sin precipitación, porque no se trata de apurar el tiempo gota a gota, segundo a segundo –como el eterno adolescente, que antes de alcanzar la madurez alcanzará la muerte^{viii}–, sino de aprovecharlo de la mejor manera posible.

“Vivir el momento” no es dejarse arrastrar por la simple inercia de lo superficial de su movimiento, encerrados en un presente plano, sin volumen, coartado por los mismos instintos que se repiten una y otra vez hasta convertirse en hábitos rutinarios. Esa actitud tan extendida en la actualidad ha llegado a ser el paradigma de un deseo repetidamente insatisfecho, de algo que pasa como un espejismo, que pasa inevitablemente cada vez un poco más lejos porque la voluntad se adormece o se enquistas. Escribir –como todo momento único– requiere una voluntad, necesita de ella para abrirse y volcar la intimidad de su movimiento. “Vivir el momento” debería significar también y sobre todo “vivir” el pasado y el futuro que conviven en el presente, en el “ahora”. De hecho, escribir es vivir habitando el tiempo, fluyendo con él, aprendiendo a sincronizar la idea y la forma de cualquier movimiento.

Por eso seguía diciendo Rilke en esa larga contestación: “su personalidad se consolidará, su soledad se ensanchará y se hará una estancia en penumbra, en que se oye pasar de largo, a lo lejos, el estrépito de los demás. Y

si de ese giro hacia dentro, de esa sumersión en el mundo propio, brotan versos, no se le ocurrirá a usted preguntar a nadie si son buenos versos”. Sin embargo, aquí nos preguntaremos eso precisamente después de haber comprendido bien sus palabras. No se trata de explicar cómo se escribe bien, eso es imposible –nadie lo sabe realmente–, pero sí de hacer caer en la cuenta de algunas cosas vitales y comunes a muchos escritores y escritoras; y sobre todo de bucear en vuestro interior para ver con qué habilidades contáis y cuáles debéis desarrollar con mayor intensidad. Eso es lo que desearía: proporcionaros algunas herramientas que quizás no tengáis ahora tan a mano y que resultan realmente necesarias. De eso se trata fundamentalmente para empezar. Por encima de todas estas palabras –que nos podrán servir de guías o no–, lo importante será el trabajo que realicemos durante los cursos y, sobre todo, el que hagáis vosotros –cada una, cada uno– en la soledad de vuestra propia creación.

Nos encontramos frente a un misterio en el que podemos avanzar y aprender. Ese misterio que cada uno de nosotros ha contemplado tantas veces es el mismo del que alguien tan reconocido en el mundo científico como Albert Einstein –un artista que venía de otro sitio– afirmaba: es lo más hermoso que nos es dado sentir –yo añadiría que es lo más hermoso y lo más trágico también–. Es la sensación fundamental, la cuna del arte y de la ciencia verdadera. Quien no la conoce, quien no puede asombrarse ni maravillarse, está muerto. Sus ojos se han extinguido.^{ix}

ⁱ Los compositores españoles, un análisis sociológico. Arturo Rodríguez Morató.

ⁱⁱ La confesión: género literario. María Zambrano.

ⁱⁱⁱ Si al atardecer llegara el mensajero. Soledad Puértolas.

^{iv} Cartas a un joven poeta. Rainer Maria Rilke.

^v Estética. Hegel.

^{vi} Las cuatro niñas. Picasso.

^{vii} El talento creador. Francisco Alonso-Fernández

^{viii} La confesión: género literario. María Zambrano.

^{ix} Mi visión del mundo. Albert Einstein.